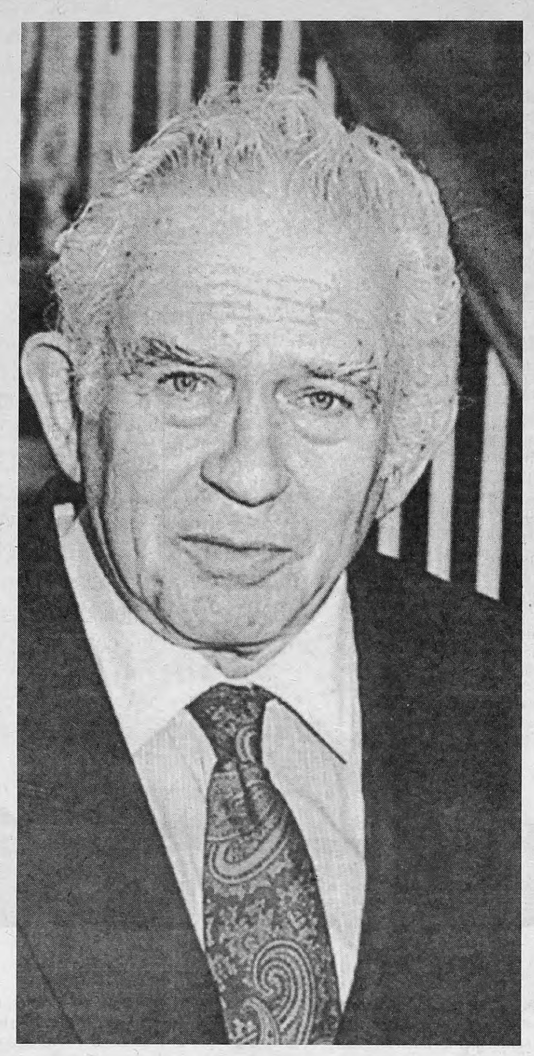
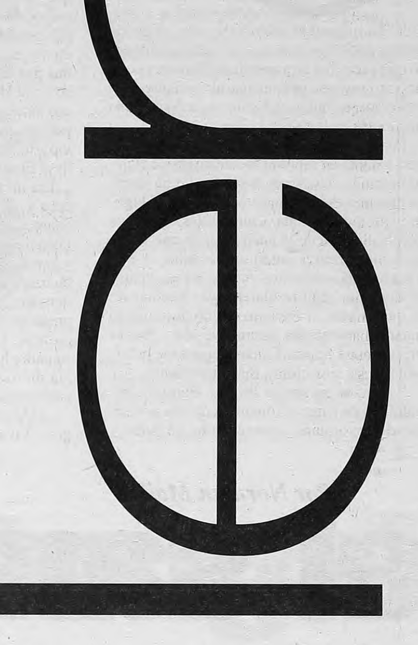
norman mailer

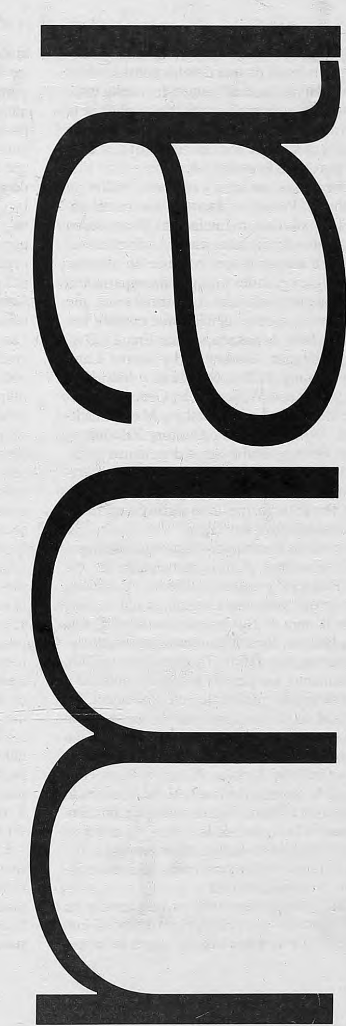




Como si hiciera falta subrayar su titánica ambición, su deseo de probarlo todo, hacerlo todo y en especial decirlo todo, el último libro de Norman Mailer, *Retrato de Picasso como un hombre joven* (1996), sugiere que ahora se identifica con el que ha sido considerado el artista del siglo. Aunque cuesta perdonarle a Mailer esta biografía hecha a partir de fuentes secundarias, mero vehículo para proyectar su propia imagen sobre la del pintor –y más le debe costar al erudito John Richardson, cuyo segundo volumen de la vida de Picasso acaba de aparecer–, alguien que pudo convertir la historia de la CIA en la extraordinaria novela *El fantasma de Harlot* (1991) no verá dañada su reputación por 448 páginas malas. (*El fantasma de Harlot* tiene 952, de modo que compensa doblemente al lector por el *Retrato...* y hasta le deja 56 páginas de propina.)

Norman Mailer nació en 1923 en Long Branch, New Jersey, pero como buen intelectual judío pasó su infancia en Brooklyn. La experiencia decisiva de su vida fue la de combatir en el Pacífico contra los japoneses, que le obsequió *Los desnudos y los muertos* (1948), a la vez su primera novela y la principal obra de ficción que produjo la Segunda Guerra. Mailer es uno de los creadores del "nuevo periodismo", esa etiqueta ya no muy fresca para la viejísima costumbre de tomar eventos reales y abusar imaginativamente de ellos. Entre sus muchos libros buenos se cuentan *Ejércitos de la noche* (1968), *La canción del verdugo* (1979), donde recreó la ejecución del asesino Gary Gilmore, y *Los hombres duros no bailan* (1984). En una época de novelas cortas sobre personas que escriben novelas cortas, y novelas largas escritas por personas incapaces de una metáfora, la ambición, la arrogancia y el arte de Mailer constituyen a menudo un motivo de alegría. ■





Por Norman Mailer

el santo patrón de

Cómo describir a Pierrot? Es imposible entenderlo; sólo se puede hablar de él. Sin embargo, a cada movimiento que hace crea otra anécdota, de manera que uno no consigue mantenerse al corriente. Pierrot es un ser único; es distinto a cualquier otro que exista en la faz de la Tierra.

Puedo describir su aspecto. Tiene diecinueve años y es de estatura mediana. Posee el pelo negro, las facciones regulares y una sonrisa muy agradable. Unas veces se deja el bigote y otras se lo afeita. Cuando lleva aquellos pelillos debajo de la nariz, parece uno o dos años más joven; cuando se los afeita, vuelve a tener diecinueve años. Sospecho que dentro de diez años seguirá aparentando diecinueve; lo que es peor, a veces sospecho que cuando nació ya aparentaba diecinueve años. Pierrot no cambiará nunca. Es absolutamente previsible en las situaciones más imprevistas.

Es hijo de mi amigo Jacques Battigny, catedrático de lenguas romances de una universidad neoyorquina, y nunca hubo un padre y un hijo más parecidos ni más dispares. Jacques es un señor de una cultura considerable; como buen intelectual francés, le resulta intolerable vivir una experiencia sin explicársela de forma racional. Exige orden en todos los aspectos de su vida. Tal vez constituya su cruz que Pierrot sea la eterna vorágine.

Padre e hijo son tesis y antítesis. Dicho de otro modo, Pierrot es Jacques vuelto del revés, el negativo de un intelectual. Posee todos los atributos del carácter francés, salvo su erudición: su mayor placer consiste en abordar por la lógica grandes bloques de experiencia sobre los que nada sabe. La primera vez que lo vi, Pierrot estuvo hablándome durante horas; mencionó de pasada a Marx, Freud y Darwin; Heidegger, Kierkegaard y Sartre; Lawrence y Henry Miller; Nietzsche y Spengler; Vico y Edmund Wilson; Jean Genet y Simone de Beauvoir; Leon Trotsky y Max Schachtmann; Wilhelm Reich, Gregory Zilboorg y Karen Horney. Hubo otros doscientos nombres de diversa importancia, y no creo que usara una palabra que tuviera menos de cuatro sílabas. Por lo tanto, me llevó algún tiempo averiguar que Pierrot era idiota.

Durante las horas intermedias, se dedicó a explorar mi cerebro. ¿Qué opinaba yo de Mr. Aldous Huxley?, preguntaba Pierrot. Y, mucho antes de que yo pudiera organizar mis recuerdos de la obra de Huxley y expresarlos de forma coherente, Pierrot ya estaba queriendo saber qué me parecía Mr. Thomas Stearns Eliot. De momento, me parecía no haber conocido a un adolescente más inteligente que aquél. La amplitud de sus indagaciones, la fuerza de su curiosidad y la ávida receptividad que brillaba en sus ojos pardos eran impresionantes. Chaplin y Griffiths, Jackson Pollack y Hans Hofman. ¿Me gustaba Berlioz? ¿Había escuchado a Benjamin Britten? Pierrot era infatigable. Pero, cuando hubo pasado la tarde y mi mujer se creyó obligada a invitarlo a cenar, empecé a sospechar que el muchacho no contribuía a la conversación tanto como yo.

Unos minutos después, en respuesta a un par de discretas preguntas, Pierrot confesó con regodeo que no había visto ninguna de las películas mencionadas ni leído a uno solo de los autores que comentábamos.

–¿Lo comprendes? –me dijo–. Resulta tan deprimente... A mí me gustaría amasar la totalidad del conocimiento y, por consiguiente, no sé por dónde empezar. –Lanzó un suspiro.– Contemplo los libros de la biblioteca de mi padre y me digo: "¿En esos libros encontraré yo el término o siquiera el comienzo de mi búsqueda filosófica?" ¿Me entiendes? ¿Cuál es el significado de la vida? Eso es lo que me obsesiona. ¿Y me darán esos libros la respuesta? Yo los miro, son papel, son cartón. ¿Es posible que la esencia de la verdad pueda ser transmitida al papel y la tinta? –Hizo una pausa y sonrió.– Realidad e ilusión. Pienso en la Historia y me pregunto: ¿El marxismo toma en consideración a la Historia? Una persona me aconsejó que leyera *El matrimonio y la familia*, de Engels. ¿Me lo recomiendas? El tema me interesa mucho.

Era infatigable. A medida que avanzaba la cena y, después, mientras se fregaban los cacharros, el peso de la conversación pasó de mi lengua a la de Pierrot. Se sentó con mi mujer y conmigo y estuvo hablándonos de sus ambiciones, sus depresiones, sus victorias y sus derrotas. ¿Qué opinaba yo de sus padres?, me preguntó y, a renglón seguido, procedió a decírmelo. La madre de Pierrot había muerto y su padre había vuelto a casarse. Georgette tenía diez años menos que Jacques y esta circunstancia turbaba a Pierrot.

–¿Me comprendes? –me dijo en tono alegre–. Yo ando en busca de amor. Yo busco el amor en el seno de mi familia y no lo encuentro. Entre Georgette y yo existe una atracción y me pregunto si será maternal o física. A mí me gustaría plantear las cosas con claridad, pero soy virgen y me dolería muchísimo no poder satisfacerla. ¿Es verdad que uno tiene que pasar un aprendizaje en el amor? –Antes de que yo pudiese empezar siquiera a formular una respuesta, él había olvidado su pregunta.– Aunque, en el fondo, me pregunto si lo que en realidad busco es la conquista de Georgette o, simplemente, deseo que haga el papel de madre. Me gustaría que me abrazara. Compréndelo, yo soy masoquista. Siento de tantas maneras. –Se llevó las manos al pecho.– ¿Soy un niño o soy un amante? ¿Cuál es mi verdadera naturaleza? ¿A cuál de ellas deseo complacer? Verás, yo quiero aproximarme a mi padre y, al mismo tiempo, noto que me repele, es como el psicoanálisis. A veces pienso que me gustaría vivir en un *menage à trois*; pero luego decido que soy destructivo y deseo vivir en el aislamiento. ¿Va con la naturaleza humana vivir en el aislamiento? Hay ocasiones en las que me siento muy solo. Deseo comunicarme. La comunicación es un problema que me interesa. ¿Y a ti?

A la una de la madrugada, después de que varias insinuaciones cayeran en el vacío, me vi en la necesidad de decir a Pierrot que tenía que irse a su casa. Me miró con tristeza, dijo que comprendía que me aburría y se marchó con un aire tan triste que mi mujer y yo nos sentimos avergonzados y con la impresión de haber echado a la calle a un huérfano. Cuando vi a su padre, le pedí perdón, pero él me atajó.

–No hay que perdonar –gritó Jacques–. Ese chico es un monstruo. No tiene noción del tiempo. Si no lo echas, se habría quedado una semana. –Jacques se llevó una mano a la frente.– Voy a volverme loco, con él no hay más remedio que ser brutal. Escucha lo que ha pasado.

Lo que Jacques me contó era en verdad lamentable. Battigny padre es bibliófilo. Le gusta leer, diserta sobre el arte de la lectura, le gusta la encuadernación, le atrae la tipografía, le complacen los libros en conjunto y por separado. Al parecer, una vez Pierrot habló en cierta ocasión con un amigo de Jacques, un profesor eminente, el cual quedó muy bien impresionado por el muchacho y le prestó un ejemplar de la traducción de los *Ensayos* de Montaigne, hecha por Florio. No era una primera edición; pero sí bastante antigua y de cierto valor, había sido impresa con primor y tenía una bonita encuadernación de piel.

–¿Sabes cuánto hace de eso? –me preguntó Jacques–. Dos años. Hace dos años que Pierrot lleva el libro en la cartera. ¿Y crees tú que ha leído una sola página?

Desde luego que no. Simplemente, lo guardaba, y mientras lo guardaba, las guardas se habían abierto y el lomo había quedado al descubierto.

–Le eché una bronca –dijo Jacques suavemente–. Era una indecencia. Le dije que hacía dos años que lo tenía y él me contestó que no, que una temporadita nada más. No concibe que pase el tiempo. Siempre está a punto de abrir el libro, de estudiar por aquí y hojear por allá. Es una vergüenza. Es intolerable –se lamentaba Jacques–. Una verdadera tortura. He hablado con su profesora de literatura del Instituto, él le pregunta si le aconseja que estudie *Beowulf*, cuando ni siquiera ha sido capaz de pasar el examen. No me importa que no vaya a la universidad, no soy esnob, pero es que no tiene capacidad para nada, ni siquiera puede aprender un oficio.

Yo llegaría a averiguar que Pierrot era incapaz incluso de decir sí o no. No podía, por más que yo lo apremiara. Un día que comía en mi casa, le pregunté si quería pan con mantequilla.

–No lo sé –contestó–, eso me pregunto yo.

–Pierrot, ¿quieres pan con mantequilla? –le grité.

–¿Por qué pretendes hacerme comer? –inquirió él como si estuviera soñando y yo llevara mala intención–. Uno come para vivir, lo cual presupone que la vida merece la pena. Pero yo me pregunto: ¿Merece la pena vivir?

–¡Pierrot! ¿Quieres pan con mantequilla, sí o no?

Pierrot sonrió avergonzado.

–¿Por qué me haces una pregunta para un sí o para un no?

> **De momento, me parecía no haber conocido a un adolescente más inteligente que aquél. La amplitud de sus indagaciones, la fuerza de su curiosidad y la ávida receptividad que brillaba en sus ojos pardos eran impresionantes.**



Uno podría decirle cualquier cosa y eso a él le entusiasma. Hacía tiempo que se insinuaba a mi mujer. Por más que ella lo tomaba a broma, le reprendía o hacía caso omiso, él insistía. Sin embargo, una vez en que salí con él a dar un paseo, se lanzó a hacer una larga descripción de mis virtudes. Yo era guapo, yo era atractivo, yo lo excitaba. Y me pellizcaba el bíceps diciendo:

–Y lo fuerte que eres.

–¡Por Dios, Pierrot! –exclamé, indignado–. Primero tratas de conquistar a mi mujer, y, ahora, a mí.

–Sí –dijo sombríamente–; y no tengo éxito ni con el uno ni con el otro.

Por fin, su padre lo echó de casa. Le dio doscientos dólares y le dijo que se buscara trabajo en la ciudad y aprendiera a mantenerse. Jacques estaba contrito.

–Soy muy cruel con ese chico; pero, ¿qué puedo hacer? No soporto su presencia. ¿Alguna vez lo has visto trabajar? Si coge un martillo, se aplasta el dedo. Suelta el martillo, se chupa el dedo, pierde el martillo, olvida para qué lo quería, trata de recordar y acaba quedándose dormido. –Jacques lanzó un quejido–. Me asusta pensar lo que hará por ahí. Es tan poco práctico. Se gastará los doscientos dólares en una noche con los bohemios de sus amigos.

Sólo un padre puede equivocarse tanto. Pierrot tenía sangre de campesino francés. Los doscientos dólares le duraron seis meses. Vivía con un amigo, luego con otro; lo invitaban a almorzar y se quedaba a cenar. Bebía cerveza en el *Village*; siempre lo encontrabas en el "Louis's", en "Minetta's", en el "San Remo", pero nadie recordaba haberlo visto pagar una copa. Era lo bastante mono como para hacer conquistas y tenía frecuentes aventuras con homosexuales. Se le acercaban en el bar, le decían cosas y él les contestaba. Les contaba sus problemas, les hacía confidencias, reconocía, con actitud afectuosa, que nunca había encontrado a nadie que lo comprendiera tan bien, y acababa yendo al apartamento del otro. Allí Pierrot bebía, seguía hablando, seguía hablando, incluso, mientras el otro se quitaba la camisa con el pretexto del calor. Y, en el penúltimo momento, Pierrot se marchaba.

–Compréndelo –decía–, yo quiero conocerte mejor, pero no lo veo claro. Tenemos una base sobre la que construir algo en común.

Y se escurría por la puerta.

–¿Por qué se me acercan siempre? –preguntaba con voz inocente.

Yo cometía el error de mostrarme severo.

–Porque tú los buscas, Pierrot.

–Ah, qué interpretación tan interesante –sonreía él–. Ojalá fuera verdad. Me gustaría ganarme la vida de un modo antisocial. La sociedad es tan ruin.

Se fue a vivir con una muchacha que podía considerarse digna compañera suya. Tenía un tic en la comisura de los labios y era budista. Trataba de fundar una colonia budista en América. Al parecer la cosa tenía relación con una teoría sobre el trauma natal, según ella me explicó una noche en una fiesta. La causa por la que los ejércitos se desempeñaban bien en combate consistía en que el ruido de la batalla hacía regresar al soldado al estado primitivo del nacimiento. En aquel momento, veía en sus oficiales a la madre protectora, y les obedecía, aunque ello significase la muerte. Ella estaba orgullosísima de su teoría y atajaba con brusquedad a Pierrot cuando él trataba de discutir con ella.

–Es una chica maravillosa –me dijo una vez–. Una experiencia excitante a más no poder. Es completamente frígida.

Al parecer, si él dejaba caer los zapatos en el suelo, ella no consentía que se le acercara.

–Es todo tan incierto. Refleja la incertidum-

el santo patrón de la calle Mac Dougal

Por Norman Mailer

Cómo describir a Pierrot? Es imposible entenderlo; sólo se puede hablar de él. Sin embargo, a cada movimiento que hace crea otra anécdota, de manera que uno no consigue mantenerse al corriente. Pierrot es un ser único; es distinto a cualquier otro que exista en la faz de la Tierra.

Puedo describir su aspecto. Tiene diecinueve años y es de estatura mediana. Posee el pelo negro, las facciones regulares y una sonrisa muy agradable. Unas veces se deja el bigote y otras se lo afeita. Cuando lleva aquellos pelillos debajo de la nariz, parece uno o dos años más joven; cuando se los afeita, vuelve a tener diecinueve años. Sospecho que dentro de diez años seguirá aparentando diecinueve; lo que es peor, a veces sospecho que cuando nació ya aparentaba diecinueve años. Pierrot no cambiará nunca. Es absolutamente previsible en las situaciones más imprevistas.

Es hijo de mi amigo Jacques Battigny, catedrático de lenguas romances de una universidad neoyorquina, y nunca hubo un padre y un hijo más parecidos ni más dispares. Jacques es un señor de una cultura considerable; como buen intelectual francés, le resulta intolerable vivir una experiencia sin explicársela de forma racional. Exige orden en todos los aspectos de su vida. Tal vez constituya su cruz que Pierrot sea la eterna vorágine.

Padre e hijo son tesis y antítesis. Dicho de otro modo, Pierrot es Jacques vuelto del revés, el negativo de un intelectual. Posee todos los atributos del carácter francés, salvo su erudición: su mayor placer consiste en abordar por la lógica grandes bloques de experiencia sobre los que nada sabe. La primera vez que lo vi, Pierrot estuvo hablándome durante horas; mencionó de pasada a Marx, Freud y Darwin; Heidegger, Kierkegaard y Sartre; Lawrence y Henry Miller; Nietzsche y Spengler; Vico y Edmund Wilson; Jean Genet y Simone de Beauvoir; Leon Trotsky y Max Schachtmann; Wilhelm Reich, Gregory Zilboorg y Karen Horney. Hubo otros doscientos nombres de diversa importancia, y no creo que usara *una palabra que tuviera menos de cuatro sílabas*. Por lo tanto, me llevó algún tiempo averiguar que Pierrot era idiota.

Durante las horas intermedias, se dedicó a explorar mi cerebro. ¿Qué opinaba yo de Mr. Aldous Huxley?, preguntaba Pierrot. Y, mucho antes de que yo pudiera organizar mis recuerdos de la obra de Huxley y expresarlos de forma coherente, Pierrot ya estaba queriendo saber qué me parecía Mr. Thomas Stearns Eliot. De momento, me parecía no haber conocido a un adolescente más inteligente que aquél. La amplitud de sus indagaciones, la fuerza de su curiosidad y la ávida receptividad que brillaba en sus ojos pardos eran impresionantes. Chaplin y Griffiths, Jackson Pollack y Hans Hofman. ¿Me gustaba Berlioz? ¿Había escuchado a Benjamin Britten? Pierrot era infatigable. Pero, cuando hubo pasado la tarde y mi mujer se creyó obligada a invitarlo a cenar, empecé a sospechar que el muchacho no contribuía a la conversación tanto como yo.

Unos minutos después, en respuesta a un par de discretas preguntas, Pierrot confesó con regodeo que no había visto ninguna de las películas mencionadas ni leído a uno solo de los autores que comentábamos.

–¿Lo comprendes? –me dijo–. Resulta tan deprimente... A mí me gustaría amasar la totalidad del conocimiento y, por consiguiente, no sé por dónde empezar. –Lanzó un suspiro.– Contemplo los libros de la biblioteca de mi padre y me digo: "¿En esos libros encontraré yo el término o siquiera el comienzo de mi búsqueda filosófica?" ¿Me entiendes? ¿Cuál es el significado de la vida? Eso es lo que me obsesiona. ¿Y me darán esos libros la respuesta? Yo los miro, son papel, son cartón. ¿Es posible que la esencia de la verdad pueda ser transmitida al papel y la tinta? –Hizo una pausa y sonrió.– Realidad e ilusión. Pienso en la Historia y me pregunto: ¿El marxismo toma en consideración a la Historia? Una persona me aconsejó que leyera *El matrimonio y la familia*, de Engels. ¿Me lo recomiendas? El tema me interesa mucho.

Era infatigable. A medida que avanzaba la cena y, después, mientras se fregaban los cacharros, el peso de la conversación pasó de mi *lengua a la de Pierrot. Se sentó con mi mujer* y conmigo y estuvo hablándonos de sus ambiciones, sus depresiones, sus victorias y sus derrotas. ¿Qué opinaba yo de sus padres?, me preguntó y, a renglón seguido, procedió a decírmelo. La madre de Pierrot había muerto y su padre había vuelto a casarse. Georgette tenía diez años menos que Jacques y esta circunstancia turbaba a Pierrot.

–¿Me comprendes? –me dijo en tono alegre–. Yo ando en busca de amor. Yo busco el amor en el seno de mi familia y no lo encuentro. Entre Georgette y yo existe una atracción y me pregunto si será maternal o física. A mí me gustaría plantear las cosas con claridad, pero soy virgen y me dolería muchísimo no poder satisfacerla. ¿Es verdad que uno tiene que pasar un aprendizaje en el amor? –Antes de que yo pudiese empezar siquiera a formular una respuesta, él había olvidado su pregunta.– Aunque, en el fondo, me pregunto si lo que en realidad busco es la conquista de Georgette o, simplemente, deseo que haga el papel de madre. Me gustaría que me abrazara. Compréndelo, yo soy masoquista. Siento de tantas maneras. –Se llevó las manos al pecho.– ¿Soy un niño o soy un amante? ¿Cuál es mi verdadera naturaleza? ¿A cuál de ellas deseo complacer? Verás, yo quiero aproximarme a mi padre y, al mismo tiempo, noto que me repele, es como el psicoanálisis. A veces pienso que me gustaría vivir en un *menage à trois*; pero luego decido que soy destructivo y deseo vivir en el aislamiento. ¿Va con la naturaleza *humana vivir en el aislamiento*? Hay ocasiones en las que me siento muy solo. Deseo comunicarme. La comunicación es un problema que me interesa. ¿Y a ti?

A la una de la madrugada, después de que varias insinuaciones cayeran en el vacío, me vi en la necesidad de decir a Pierrot que tenía que irse a su casa. Me miró con tristeza, dijo que comprendía que me aburría y se marchó con un aire tan triste que mi mujer y yo nos sentimos avergonzados y con la impresión de haber echado a la calle a un huérfano. Cuando vi a su padre, le pedí perdón, pero él me atajó.

–No hay que perdonar –gritó Jacques–. Ese chico es un monstruo. No tiene noción del tiempo. Si no lo echas, se habría quedado una semana. -Jacques se llevó una mano a la frente.– Voy a volverme loco, con él no hay más remedio que ser brutal. Escucha lo que ha pasado.

Lo que Jacques me contó era en verdad lamentable. Battigny padre es bibliófilo. Le gusta leer, diserta sobre el arte de la lectura, le gusta la encuadernación, le atrae la tipografía, le complacen los libros en conjunto y por separado. Al parecer, una vez Pierrot habló en cierta ocasión con un amigo de Jacques, un profesor eminente, el cual quedó muy bien impresionado por el muchacho y le prestó un ejemplar de la traducción de los *Ensayos* de Montaigne, hecha por Florio. No era una primera edición; pero sí bastante antigua y de cierto valor, había sido impresa con primor y tenía una bonita encuadernación de piel.

> **"De momento, me parecía no haber conocido a un adolescente más inteligente que aquél. La amplitud de sus indagaciones, la fuerza de su curiosidad y la ávida receptividad que brillaba en sus ojos pardos eran impresionantes."**

–¿Sabes cuánto hace de eso? –me preguntó Jacques–. Dos años. Hace dos años que Pierrot lleva el libro en la cartera. ¿Y crees tú que ha leído una sola página?

Desde luego que no. Simplemente, lo guardaba, y mientras lo guardaba, las guardas se habían abierto y el lomo había quedado al descubierto.

–Le eché una bronca –dijo Jacques suavemente–. Era una indecencia. Le dije que hacía dos años que lo tenía y él me contestó que no, que una temporadita nada más. No concibe que pase el tiempo. Siempre está a punto de abrir el libro, de estudiar por aquí y hojear por allá. Es una vergüenza. Es intolerable –se *lamentaba Jacques–. Una verdadera tortura.* He hablado con su profesora de literatura del Instituto, él le pregunta si le aconseja que estudie *Beowulf*, cuando ni siquiera ha sido capaz de pasar el examen. No me importa que no vaya a la universidad, no soy esnob, pero es que no tiene capacidad para nada, ni siquiera puede aprender un oficio.

Yo llegaría a averiguar que Pierrot era incapaz incluso de decir sí o no. No podía, por más que yo lo apremiara. Un día que comía en mi casa, le pregunté si quería pan con mantequilla.

–No lo sé –contestó–, eso me pregunto yo.

–Pierrot, ¿quieres pan con mantequilla? –le grité.

–¿Por qué pretendes hacerme comer? –inquirió él como si estuviera soñando y yo llevara mala intención–. Uno come para vivir, lo cual presupone que la vida merece la pena. Pero yo me pregunto: ¿Merece la pena vivir?

–¡Pierrot! ¿Quieres pan con mantequilla, sí o no?

Pierrot sonrió avergonzado.

–¿Por qué me haces una pregunta para un sí o para un no?

Uno podría decirle cualquier cosa y eso a él le entusiasma. Hacía tiempo que se insinuaba a mi mujer. Por más que ella lo tomaba a broma, le reprendía o hacía caso omiso, él insistía. Sin embargo, una vez en que salí con él a dar un paseo, se lanzó a hacer una larga descripción de mis virtudes. Yo era guapo, yo era atractivo, yo lo excitaba. Y me pellizcaba el bíceps diciendo:

–Y lo fuerte que eres.

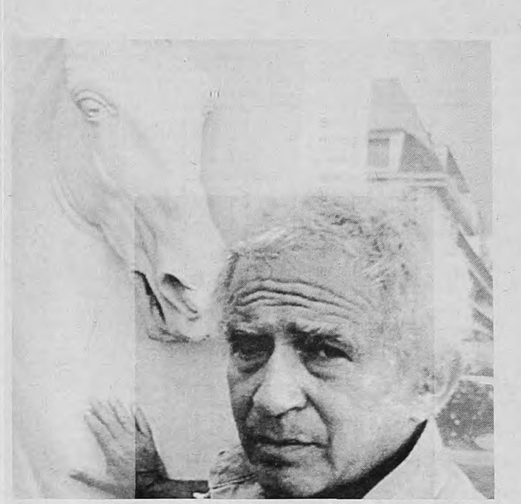
–¡Por Dios, Pierrot! –exclamé, indignado–. Primero tratas de conquistar a mi mujer, y, ahora, a mí.

–Sí –dijo sombríamente–; y no tengo éxito ni con el uno ni con el otro.

Por fin, su padre lo echó de casa. Le dio doscientos dólares y le dijo que se buscara trabajo en la ciudad y aprendiera a mantenerse. Jacques estaba contrito.

–Soy muy cruel con ese chico; pero, ¿qué puedo hacer? No soporto su presencia. ¿Alguna vez lo has visto trabajar? Si coge un martillo, se aplasta el dedo. Suelta el martillo, se chupa el dedo, pierde el martillo, olvida para qué lo quería, trata de recordar y acaba quedándose dormido. –Jacques lanzó un quejido–. Me asusta pensar lo que hará por ahí. Es tan poco práctico. Se gastará los doscientos dólares en una noche con los bohemios de sus amigos.

Sólo un padre puede equivocarse tanto. Pierrot tenía sangre de campesino francés. Los doscientos dólares le duraron seis meses. Vivía con un amigo, luego con otro; lo invitaban a almorzar y se quedaba a cenar. Bebía cerveza en el *Village*; siempre lo encontrabas en el "Louis's", en "Minetta's", en el "San Remo", pero nadie recordaba haberlo visto pagar una copa. Era lo bastante mono como para hacer conquistas y tenía frecuentes aventuras con homosexuales. Se le acercaban en el bar, le decían cosas y él les contestaba. Les contaba sus problemas, les hacía confidencias, reconocía, con actitud afectuosa, que nunca había encontrado a nadie que lo comprendiera tan bien, y acababa yendo al apartamento del otro. Allí Pierrot bebía, seguía hablando, seguía hablando, incluso, mientras el otro se quitaba la camisa con el pretexto del calor. Y, en el penúltimo momento, Pierrot se marchaba.



–Compréndelo –decía–, yo quiero conocerte mejor, pero no lo veo claro. Tenemos una base sobre la que construir algo en común.

Y se escurría por la puerta.

–¿Por qué se me acercan siempre? –preguntaba con voz inocente.

Yo cometía el error de mostrarme severo.

–Porque tú los buscas, Pierrot.

–Ah, qué interpretación tan interesante –*sonreía él–. Ojalá fuera verdad. Me gustaría* ganarme la vida de un modo antisocial. La sociedad es tan ruin.

Se fue a vivir con una muchacha que podía considerarse digna compañera suya. Tenía un tic en la comisura de los labios y era budista. Trataba de fundar una colonia budista en América. Al parecer la cosa tenía relación con una teoría sobre el trauma natal, según ella me explicó una noche en una fiesta. La causa por la que los ejércitos se desempeñaban bien en combate consistía en que el ruido de la batalla hacía regresar al soldado al estado primitivo del nacimiento. En aquel momento, veía en sus oficiales a la madre protectora, y les obedecía, aunque ello significase la muerte. Ella estaba orgullosísima de su teoría y atajaba con brusquedad a Pierrot cuando él trataba de discutir con ella.

–Es una chica maravillosa –me dijo una vez–. Una experiencia excitante a más no poder. Es completamente frígida.

Al parecer, si él dejaba caer los zapatos en el suelo, ella no consentía que se le acercara.

–Es todo tan incierto. Refleja la incertidumbre de la vida. Me da mucho que pensar. Las personas se encuentran. Las vidas se cruzan. Son puntos en un plano. Me parece tema ap*to para la investigación filosófica.*



Como era de esperar, la budista lo echó de casa. Por lo menos, simbólicamente. Su asunto terminó; pero, puesto que Pierrot no tenía dónde vivir, siguió en la vivienda de ella mientras buscaba quien le diera una cama. Por aquel entonces, vino a verme y me preguntó si le daría alojamiento. Le dije que no. Lo pedía con un gesto tan compungido que yo me odiaba a mí mismo.

–Comprendo –dijo–. Un amigo mío que me psicoanaliza con la hipnosis me ha hecho ver que exploto a la gente. Es la influencia de la cultura, supongo. Ahora me interesan mucho los movimientos de los cuerpos políticos. Me doy cuenta de que antes adoptaba una actitud demasiado personal. ¿Qué opinas de mi nuevo enfoque político?

–Ya hablaremos en otra ocasión, Pierrot. Lo siento mucho, pero esta noche no puedes quedarte aquí.

–Está bien –dijo con dulzura–. No sé dónde voy a dormir esta noche, pero no importa. Soy un explotador y es natural que la gente me vea como tal. –Se marchó con una mirada tierna e indulgente.– En algún sitio dormiré. No te preocupes por mí –dijo, cerrando la puerta.

Cinco minutos después, yo estaba tratando *todavía de pensar en otra cosa cuando sonó el* timbre. Pierrot otra vez. Tenía un problema que quería consultarme; pero, con aquella conversación tan interesante, se le había ido de la cabeza.

–¿De qué se trata? –pregunté fríamente, molesto por el engaño. El me contestó en francés:

–*Tu sais j'ai la chaude-pisse.*

–¡Hostia!

El movió afirmativamente la cabeza. Había ido al médico y todo se arreglaría. Le iba a dar una droga milagrosa.

–Espero que no te la dé alguno de tus amigos.

No; aquél era un doctor de verdad. Pero tenía otro problema. La enfermedad se la había contagiado la budista. De eso estaba seguro; pero ahora tenía un asunto con una casada joven y le gustaría saber si debía informarla. –Pues, claro que sí. –Lo agarré por un hombro.– Pierrot, tienes que decírselo.

–Va a ser muy difícil –murmuró con una mirada sombría–. Destruirá nuestra comunicación. Preferiría no revelarle nada. Además, ¿por qué he de hablar? Yo carezco de toda moral –afirmó, con pasión.

–A la porra la moral –dije–. ¿Te das cuenta de que, si no se lo dices, vas a tener que estar yendo al médico una y otra vez? No sabes lo caro que es eso.

El suspiró. Eso temía. Como el campesino testarudo que tiene que dar su brazo a torcer ante una evidencia nueva y detestable, convino con acritud:

–En tal caso, se lo diré. Qué mala suerte.

En los últimos tiempos, he visto muy poco a Pierrot. Sus doscientos dólares se han terminado y ahora no le queda más remedio que trabajar. Ha tenido once empleos en cuatro meses. No podría describirlos todos. Le han dicho que no volviera, lo han cesado, lo han echado, lo han despachado y ha dimitido. Estuvo de meritorio en una oficina dos días. Al segundo, al ir a beber, dejó la bandeja de la correspondencia encima del depósito del agua. Sin saber cómo (él estaba seguro de que la culpa era del depósito) los papeles se mojaron. Cuando trató de secarlos, la bandeja cayó al suelo y el *papel mojado* se ensució y la tinta de las firmas se corrió, y los nombres quedaron ilegibles, con gran indignación del director. Pierrot no trató de excusarse, sino que preguntó, con gran interés, por qué los americanos daban tanta importancia a la correspondencia comercial.

También trabajó en una fábrica. Después de la primera jornada de trabajo, se hallaba muy deprimido y me llamó por teléfono con una voz tan fúnebre que me creí obligado a verle. Estaba cansado, estaba asqueado.

–Tengo que coger un trozo de metal –me dijo– y acercarlo a un abrasivo. Poco a poco, las puntas se van redondeando. Ocho horas de ese trabajo he de sufrir. ¿Puede ser éste el significado de la existencia? –Su voz daba a entender que él esperaba continuar con aquel trabajo hasta el fin de los tiempos.– Estoy buscando mi identidad. Se ha perdido. Soy simplemente el agente cuarenta y ocho.

A esto yo reaccioné con indignación. Le dije que tenía dos opciones. Podía trabajar para vivir o podía morirse. Si optaba por morirse, yo no se lo impediría. Es más, lo aprobaría.

–Si vienes a verme y me pides una pistola, Pierrot, yo procuraré proporcionártela. Mientras tanto, deja de quejarte.

El me escuchaba con una sonrisa enorme. El vigor de mi lenguaje hacía que le brilla*ran los ojos.*

–Eres maravilloso –dijo con admiración.

Según mis últimas noticias, Pierrot va a entrar en filas muy pronto. Algunos de mis amigos están alarmados. Dicen que ese chico será un caso clínico en cuestión de semanas. Otros insisten en que el servicio militar será un bien para él. Yo no estoy de acuerdo con unos ni con otros.

Veo a Pierrot en el ejército. Dormirá hasta muy tarde, hecho un ovillo debajo de las mantas. No oirá el toque de diana. A eso de las ocho de la mañana, entrará en el comedor arrastrando los pies y con ojos de sueño, dejará caer el plato y mirará al cocinero con cara de estúpido.

–Oh, llego tarde al desayuno –dirá.

–Fuera de aquí –le contestará el cocinero.

–Ya me voy, ya me voy –murmurará Pie*rrot, asintiendo–. Me está bien empleado* haberme perdido el desayuno por vago, voy a pasar mucha hambre todo el día de marcha, pero es culpa mía. Y no importa. ¿Qué es la comida, al fin y al cabo?

> **"El ejército no puede recuperarse de semejante golpe, el servicio de cocina es su piedra angular y, cuando los cocineros pidan que se quite a los hombres de ese servicio, en cuestión de días todos los soldados seguirán el camino trazado por Pierre Battigny."**

Presentará un aspecto tan triste, que el cocinero, aun a regañadientes, le hará unos huevos revueltos. Pierrot preguntará si no puede hacerle una tostada y luego le instará a que le caliente el café, y lo arrastrará a una discusión filosófica. A las once. Pierrot saldrá a buscar a su pelotón, que estará haciendo la instrucción. A las dos de la tarde, lo encontrará. Horas después, en la revista de retreta, el oficial de inspección descubrirá que Pierrot ha perdido el fusil.

Esto será el principio del fin. Pierrot será enviado a la cocina tres días seguidos. La primera mañana habrá cambiado de sitio todos los peroles y los habrá fregado tan mal que los cocineros tendrán que ayudarle, y trabajarán por ello más que nunca. Cuando llegue la noche, el sargento de cocina suplicará al sargento mayor que no vuelva a mandar a Pierrot a ayudar en la cocina.

El ejército no puede recuperarse de semejante golpe, el servicio de cocina es su piedra angular y, cuando los cocineros pidan que se quite a los hombres de ese servicio, en cuestión de días todos los soldados seguirán el camino trazado por Pierre Battigny. Yo veo al ejército desintegrarse dos meses después de que Pierrot ingrese en él.

En este momento, espero poder influir en el curso de la Historia. Con la ayuda de las autoridades competentes que pueda hallar, abriré una suscripción para enviar a Pierrot a la Unión Soviética. Una vez él esté allí, el mundo se habrá salvado. Inmediatamente, lo mandarán al ejército; y, antes de que termine su primer día, los rusos lo habrán mandado al pelotón de fusilamiento. Entonces Pierrot dará la medida de su valor.

–Yo me pregunto –dirá a los soldados rusos–, me pregunto: ¿No soy un desdichado? ¿No es triste la vida? ¡Disparen!

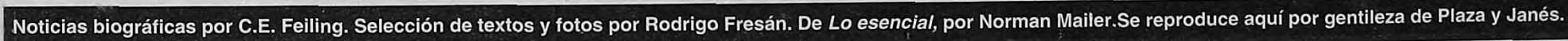
Y entonces, los rusos tirarán las armas y empezarán a llorar.

–Nosotros tampoco nos divertimos –sollozarán–. Que nos maten también a nosotros.

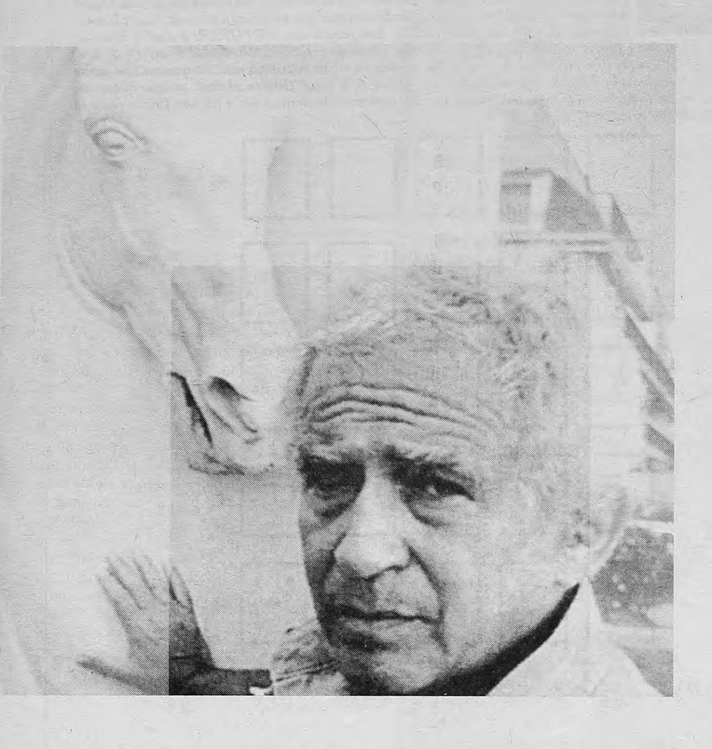
De acuerdo con la mejor tradición rusa, la noticia se extenderá por las estepas. En todas partes, los soldados arrojarán las armas. América y Rusia quedarán desarmadas en una noche y *la paz se extenderá por toda* la Tierra.

Levantarán una estatua a Pierrot en la esquina de la calle 8 y Mac Dougal. Las generaciones futuras pasarán por delante y la escupirán.

–Era un burgués –dirán. ■

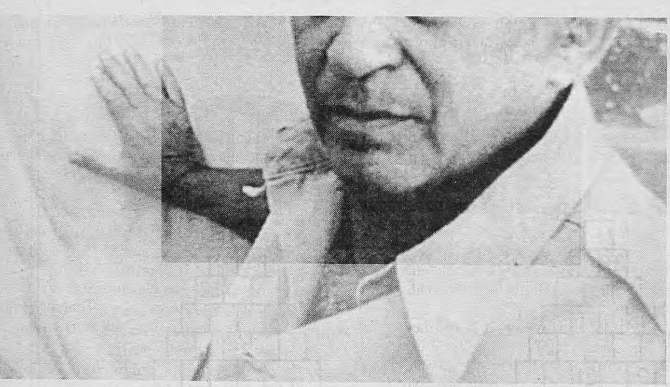


Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Lo esencial*, por Norman Mailer.



> **El ejército no puede recuperarse de semejante golpe, el servicio de cocina es su piedra angular y, cuando los cocineros pidan que se quite a los hombres de ese servicio, en cuestión de días todos los soldados seguirán el camino trazado por Pierre Battigny.**

la calle Mac Dougal



bre de la vida. Me da mucho que pensar. Las personas se encuentran. Las vidas se cruzan. Son puntos en un plano. Me parece tema apto para la investigación filosófica.

Como era de esperar, la budista lo echó de casa. Por lo menos, simbólicamente. Su asunto terminó; pero, puesto que Pierrot no tenía dónde vivir, siguió en la vivienda de ella mientras buscaba quien le diera una cama. Por aquel entonces, vino a verme y me preguntó si le daría alojamiento. Le dije que no. Lo pedía con un gesto tan compungido que yo me odiaba a mí mismo.

–Comprendo –dijo–. Un amigo mío que me psicoanaliza con la hipnosis me ha hecho ver que exploto a la gente. Es la influencia de la cultura, supongo. Ahora me interesan mucho los movimientos de los cuerpos políticos. Me doy cuenta de que antes adoptaba una actitud demasiado personal. ¿Qué opinas de mi nuevo enfoque político?

–Ya hablaremos en otra ocasión, Pierrot. Lo siento mucho, pero esta noche no puedes quedarte aquí.

–Está bien –dijo con dulzura–. No sé dónde voy a dormir esta noche, pero no importa. Soy un explotador y es natural que la gente me vea como tal. –Se marchó con una mirada tierna e indulgente.– En algún sitio dormiré. No te preocupes por mí –dijo, cerrando la puerta.

Cinco minutos después, yo estaba tratando todavía de pensar en otra cosa cuando sonó el timbre. Pierrot otra vez. Tenía un problema que quería consultarme; pero, con aquella conversación tan interesante, se le había ido de la cabeza.

–¿De qué se trata? –pregunté fríamente, molesto por el engaño. El me contestó en francés:

–*Tu sais j'ai la chaude-pisse.*

–¡Hostia!

El movió afirmativamente la cabeza. Había ido al médico y todo se arreglaría. Le iba a dar una droga milagrosa.

–Espero que no te la dé alguno de tus amigos.

No; aquél era un doctor de verdad. Pero tenía otro problema. La enfermedad se la había contagiado la budista. De eso estaba seguro; pero ahora tenía un asunto con una casada joven y le gustaría saber si debía informarla. –Pues, claro que sí. –Lo agarré por un hombro.– Pierrot, tienes que decírselo.

–Va a ser muy difícil –murmuró con una mirada sombría–. Destruirá nuestra comunicación. Preferiría no revelarle nada. Además, ¿por qué he de hablar? Yo carezco de toda moral –afirmó, con pasión.

–A la porra la moral –dije–. ¿Te das cuenta de que, si no se lo dices, vas a tener que estar yendo al médico una y otra vez? No sabes lo caro que es eso.

El suspiró. Eso temía. Como el campesino testarudo que tiene que dar su brazo a torcer ante una evidencia nueva y detestable, convino con acritud:

–En tal caso, se lo diré. Qué mala suerte.

En los últimos tiempos, he visto muy poco a Pierrot. Sus doscientos dólares se han terminado y ahora no le queda más remedio que trabajar. Ha tenido once empleos en cuatro meses. No podría describirlos todos. Le han dicho que no volviera, lo han cesado, lo han echado, lo han despachado y ha dimitido. Estuvo de meritorio en una oficina dos días. Al segundo, al ir a beber, dejó la bandeja de la correspondencia encima del depósito del agua. Sin saber cómo (él estaba seguro de que la culpa era del depósito) los papeles se mojaron. Cuando trató de secarlos, la bandeja cayó al suelo y el papel mojado se ensució y la tinta de las firmas se corrió, y los nombres quedaron ilegibles, con gran indignación del director. Pierrot no trató de excusarse, sino que preguntó, con gran interés, por qué los americanos daban tanta importancia a la correspondencia comercial.

También trabajó en una fábrica. Después de la primera jornada de trabajo, se hallaba muy deprimido y me llamó por teléfono con una voz tan fúnebre que me creí obligado a verle. Estaba cansado, estaba asqueado.

–Tengo que coger un trozo de metal –me dijo– y acercarlo a un abrasivo. Poco a poco, las puntas se van redondeando. Ocho horas de ese trabajo he de sufrir. ¿Puede ser éste el significado de la existencia? –Su voz daba a entender que él esperaba continuar con aquel trabajo hasta el fin de los tiempos.– Estoy buscando mi identidad. Se ha perdido. Soy simplemente el agente cuarenta y ocho.

A esto yo reaccioné con indignación. Le dije que tenía dos opciones. Podía trabajar para vivir o podía morirse. Si optaba por morirse, yo no se lo impediría. Es más, lo aprobaría.

–Si vienes a verme y me pides una pistola, Pierrot, yo procuraré proporcionártela. Mientras tanto, deja de quejarte.

El me escuchaba con una sonrisa enorme. El vigor de mi lenguaje hacía que le brillaran los ojos.

–Eres maravilloso –dijo con admiración.

Según mis últimas noticias, Pierrot va a entrar en filas muy pronto. Algunos de mis amigos están alarmados. Dicen que ese chico será un caso clínico en cuestión de semanas. Otros insisten en que el servicio militar será un bien para él. Yo no estoy de acuerdo con unos ni con otros.

Veo a Pierrot en el ejército. Dormirá hasta muy tarde, hecho un ovillo debajo de las mantas. No oirá el toque de diana. A eso de las ocho de la mañana, entrará en el comedor arrastrando los pies y con ojos de sueño, dejará caer el plato y mirará al cocinero con cara de estúpido.

–Oh, llego tarde al desayuno –dirá.

–Fuera de aquí –le contestará el cocinero.

–Ya me voy, ya me voy –murmurará Pierrot, asintiendo–. Me está bien empleado haberme perdido el desayuno por vago, voy a pasar mucha hambre todo el día de marcha, pero es culpa mía. Y no importa. ¿Qué es la comida, al fin y al cabo?

Presentará un aspecto tan triste, que el cocinero, aun a regañadientes, le hará unos huevos revueltos. Pierrot preguntará si no puede hacerle una tostada y luego le instará a que le caliente el café, y lo arrastrará a una discusión filosófica. A las once. Pierrot saldrá a buscar a su pelotón, que estará haciendo la instrucción. A las dos de la tarde, lo encontrará. Horas después, en la revista de retreta, el oficial de inspección descubrirá que Pierrot ha perdido el fusil.

Esto será el principio del fin. Pierrot será enviado a la cocina tres días seguidos. La primera mañana habrá cambiado de sitio todos los peroles y los habrá fregado tan mal que los cocineros tendrán que ayudarle, y trabajarán por ello más que nunca. Cuando llegue la noche, el sargento de cocina suplicará al sargento mayor que no vuelva a mandar a Pierrot a ayudar en la cocina.

El ejército no puede recuperarse de semejante golpe, el servicio de cocina es su piedra angular y, cuando los cocineros pidan que se quite a los hombres de ese servicio, en cuestión de días todos los soldados seguirán el camino trazado por Pierre Battigny. Yo veo al ejército desintegrarse dos meses después de que Pierrot ingrese en él.

En este momento, espero poder influir en el curso de la Historia. Con la ayuda de las autoridades competentes que pueda hallar, abriré una suscripción para enviar a Pierrot a la Unión Soviética. Una vez él esté allí, el mundo se habrá salvado. Inmediatamente, lo mandarán al ejército; y, antes de que termine su primer día, los rusos lo habrán mandado al pelotón de fusilamiento. Entonces Pierrot dará la medida de su valor.

–Yo me pregunto –dirá a los soldados rusos–, me pregunto: ¿No soy un desdichado? ¿No es triste la vida? ¡Disparen!

Y entonces, los rusos tirarán las armas y empezarán a llorar.

–Nosotros tampoco nos divertimos –sollozarán–. Que nos maten también a nosotros.

De acuerdo con la mejor tradición rusa, la noticia se extenderá por las estepas. En todas partes, los soldados arrojarán las armas. América y Rusia quedarán desarmadas en una noche y la paz se extenderá por toda la Tierra.

Levantarán una estatua a Pierrot en la esquina de la calle 8 y Mac Dougal.

Las generaciones futuras pasarán por delante y la escupirán.

–Era un burgués –dirán.

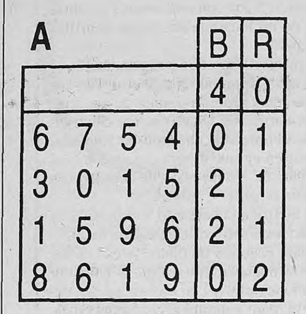


Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Lo esencial*, por Norman Mailer. Se reproduce aquí por gentileza de Plaza y Janés.



NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.



A

				B	R
				4	0
6	7	5	4	0	1
3	0	1	5	2	1
1	5	9	6	2	1
8	6	1	9	0	2

B

				B	R
				4	0
1	0	4	6	1	2
6	8	4	3	0	3
3	2	6	0	0	2
8	4	6	5	2	1

C

				B	R
				4	0
7	5	9	1	0	3
8	5	4	9	0	3
7	8	5	2	0	1
6	4	5	0	1	1

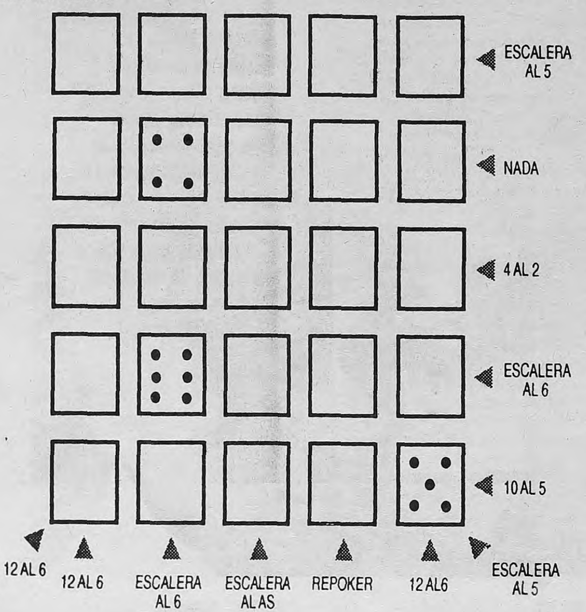
D

				B	R
				4	0
1	8	9	3	0	4
4	2	3	0	0	1
4	0	3	1	0	2
9	2	3	7	1	1



CUBILETE

En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.





CRUCIGRAMA CON PISTAS

*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales y verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

- Hay un cuadrito negro; son diez palabras de seis letras, una de cuatro, una de tres y una de dos.
- Con las letras de las esquinas se puede formar la palabra **SOJA**.
- Consonantes y vocales están rigurosamente alternadas.

PISTAS HORIZONTALES

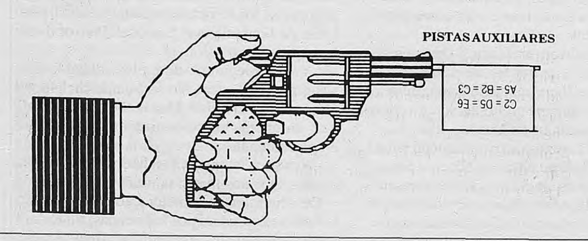
A. En esta palabra esdrújula está la única **J**.
B. Aquí hay dos palabras.
C. Es un verbo conjugado sin la **I** ni la **S**.
D. En este verbo conjugado se repite la **S**.
E. Es un anagrama de **ANDARE**.
F. Este verbo conjugado lleva acento en la quinta letra.

PISTAS VERTICALES

1. Aquí la **A** aparece tres veces.
2. En este plural está la **U** y no se repiten letras.
3. Es palabra aguda acentuada en la última letra.
4. Es un anagrama de **RASA**.
5. Aquí está la única **T** y no se repiten letras.
6. Es un verbo conjugado sin la **I** ni la **L**.

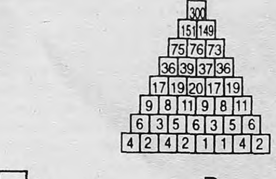
	1	2	3	4	5	6
A						
B						
C						
D						
E						
F						

A	A	A	A	A	A	A	A	A
A	B	D	E	E	E	I	I	I
J	L	L	L	M	N	O	R	R
R	R	S	S	S	S	T	U	■



PIRAMIDES NUMERICAS

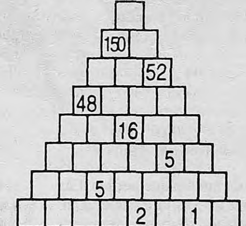
Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.



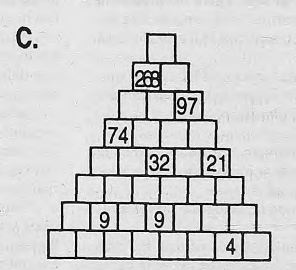
A.

258
46 76
27
9 21
3 3

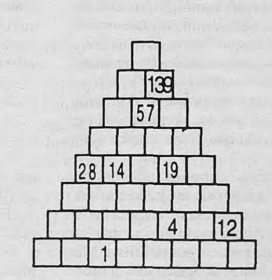
B.



C.



D.

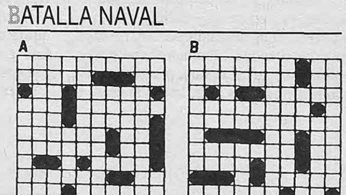


Soluciones del número anterior

PALABRA OCULTA

A. Bomba.
B. Flúor.
C. Vómer.
D. Valle.
E. Balón.
F. Valor.

BATALLA NAVAL



CRUCIGRAMA

C	O	R	T	A	R	■	F	A	S	O
U	R	O	■	V	I	V	E	R	E	S
A	N	A	S	■	P	A	R	A	N	A
N	A	N	A	S	■	C	I	S	■	D
■	R	O	M	E	R	I	A	■	P	A
B	O	S	■	D	E	L	■	R	A	S
O	N	■	P	A	S	A	D	O	R	■
G	■	S	O	S	■	R	O	S	E	N
O	C	A	L	E	S	■	N	A	D	O
T	O	N	I	N	A	S	■	D	O	C
A	N	A	O	■	N	I	P	O	N	A

INDOMINO

A

2	1	0	6	6	2	0
4	5	1	6	0	5	2
2	2	2	5	6	3	1
3	5	6	3	5	3	5
3	3	4	4	2	3	6
4	1	1	1	6	1	4
0	3	5	5	1	4	0
0	4	0	6	2	4	0

B

0	5	1	3	1	4	3
0	2	0	4	6	2	6
2	3	3	6	4	0	6
2	4	5	2	4	0	3
4	1	1	0	6	6	2
5	5	6	4	2	3	0
2	3	5	1	5	5	3
1	1	1	0	4	5	6